



LOS PEQUEÑOS GIGANTES

Por Ada Albrecht

Decía Platón que los hombres que sacrificaban sus vidas por los demás, cuando volvían a nacer, lo hacían tomando el cuerpo de un campesino, esto es, una encarnación de paz, lejos de las grandes megalópolis. Como dice el Tao Tê King, éste es el retorno a la Sabiduría, o sea, el regreso a la simplicidad que nos aguarda más allá del conocimiento mental. ¿Será por eso que muchos hermanos nuestros del campo poseen sabio entendimiento para la comprensión de la vida? Se habla mucho del “Libro de la Naturaleza”: lástima que ninguno de nosotros haya logrado aprender el idioma en que ese libro está escrito. Ante la ciencia de nuestra Madre —la Naturaleza—, somos todos analfabetos. Sin embargo, en algunas oportunidades, podemos vislumbrar cuánta magnitud de amor se halla presente hasta en el más pequeño de sus hijos. Por ejemplo, en el personaje del pequeño y a la vez maravilloso suceso del que hace pocos días he sido testigo y que paso a narrar:

Una pequeña planta de tomate de no más de veinte o veinticinco centímetros, acababa de elevar su tallo diminuto sobre una tierra —desdichadamente— poluída. Alguien había puesto muy cerca de donde se alzaba su vida vegetal, veneno para las hormigas. Sus débiles raíces, seguramente lo sintieron, y la pequeña personita vegetal, languideció y fue perdiendo sus hojas incipientes, una por una. Sin embargo, otras manos la rescataron de la muerte, y la llevaron a una tierra sana y fértil. Casi sin esperanza, fue plantada de nuevo para ver si se recuperaba. A los tres días, se la volvió a ver, y la débil planta, que terminó perdiendo todas sus hojas, cuidó sin embargo, denodadamente, de su pequeño hijo, un diminuto tomate que se alzaba en la punta de su tallo, y que no tenía más de un centímetro de diámetro. Esa diminuta —y sin embargo, gigantesca maestra—, veló por la vida de la más elevada virtud que puede albergarse en una criatura: la virtud de dar, y en este caso, de dar un fruto, el único que podía, con su cuerpo debilitado. Reunió todas sus energías, abandonó sus hojas, luchó denodadamente contra el tiempo, luchó contra sus raíces envenenadas, luchó con un medio ambiente no del todo favorable a su estado, en fin, luchó por el tesoro del fruto. De una débil flor amarilla, en un terreno poluído, hizo posible el nacimiento de una esperanza.

¡Qué lección magistral la de este pequeño gigante, qué lección magistral para nosotros! Hay Alguien que impulsa a la vida desde ese trasfondo invisible y fantástico, hay Alguien que le impulsa a dar. Muchas veces una planta, la corola de una flor, la corteza de un árbol, son grandes tratados de metafísica que nos enseñan maravillas insondables, llenas de increíble generosidad. Son actos oceánicos en los cuales puede sumergirse el alma del ser humano más corrupto y emerger, limpio, y clarificado, despojado del lodo que hasta ayer, lo cubriera. Saber mirar, saber comprender lo que se encierra en las vidas “minúsculas”, es descubrir otra clase de sabiduría no guardada en bibliotecas, y sí, en el corazón de la Vida que late en cada criatura, habitante de Su Reino. El corazón de toda existencia es siempre dar, y detrás de ese dar, está el insondable Misterio de Dios que nos asombra, nos conmueve, y justifica nuestra aspiración a Él.

Cuando nosotros, más allá de desilusiones, pérdidas de fortunas, malos tratos, fracasos sentimentales, etc., seamos capaces de actuar hasta el último aliento como esa aleccionadora planta de tomate, ese día, habrá nacido en nuestra alma la aurora del Verdadero Conocimiento: el Sagrado Concientizar que la magna corona del alma humana es ese Dar que aprendemos observando el comportamiento de seres similares a esa diminuta heroína de una huerta.

Decía un Maestro –en el norte de la India– a sus discípulos:

“El ser humano que busca la Unión con Dios debe ser buen observador de la ciencia Celestial que está en la piedra, en los vegetales, etc. Quien sólo se detiene en la lectura de los libros, y desconoce la vida de Dios en los cuerpos que Él creó, no puede ir muy lejos en el Camino, y no puede porque no lo ve, es decir, lo ve sin la ciencia maravillosa que nos otorga la observación. En la observación hay conciencia, hay atención, y por lo tanto, interés en desentrañar la verdad de lo observado. No es un paseo visual por la superficie de lo que se mira, sino que es detener el alma y el corazón en aquello que se observa, a fin de aprender de lo observado. Existe un lenguaje sutil en la naturaleza de las cosas, que se expresa a través del misterioso alfabeto de las formas. El que descubre sus letras misteriosas, puede luego formar palabras, luego frases, y abordar la difícil sintaxis que realizan las criaturas de Dios en el gigantesco pizarrón del espacio donde escriben sus verdades para iluminarnos. La capacidad de su lectura, es una barca que navega en el río del silencio: y sólo en este río. El ser humano ha de invertir el sonido y depositarlo a los pies de la conciencia en el anfiteatro de su alma. A mayor silencio exterior, mayor música en el corazón; a mayor indiferencia en la contemplación de los edificios verbales, en los artesonados de las palabras, ma-

yor capacidad de lectura espiritual, mayor diálogo con el Ser. No se puede escuchar la Suprema Palabra, a menos que se supriman los ruidos de la intrascendencia que suelen llegarnos vestidas de ampulosos disfraces de sabiduría, de ciencia, pero que son sólo eso, disfraces. Habla de muy diferente modo la verdad cuando nos silenciamos para lo externo...”

...y si no, pensemos, en la diminuta planta que nos ocupa. Algún amante de las ciencias botánicas, podrá explicarnos desde su pedestal de erudito lo que aconteció con ella, y el por qué de su premura en dar fruto, y lo explicará desde un punto de vista científico, como si se tratara de un acto mecánico realizado por ese tallo vegetal. ¡Hay tantos modos de observar la vida! Nosotros, más allá de las doctas explicaciones, vamos de la mano de poetas y músicos, a entender que toda la fuerza del universo, se halla centrada en vidas como las de nuestra historia. Toda la fuerza está en ese verbo cósmico e insondable que es el verbo “Dar”, y al cual no lo comprendemos, sino en su mínima expresión. No comprendemos el giro de los soles, de los planetas, de los átomos. Nuestra visión es opaca para interpretar el reino de la vida; lo observamos sólo a través de los oscuros lentes de las suposiciones. Pero el alma sabe que la realidad se encuentra en el corazón de los pequeños gigantes, como esa diminuta persona vegetal de nuestra historia. Sonreímos con lástima por nosotros mismos al rememorar las vie-

jas culturas que elevaban ciudades y templos a los gatos, edificaban santuarios a los sicomoros y adornaban los árboles con cintas de colores en espíritu de veneración por la generosidad de sus maderas, de sus frutos, de sus sombras. Tal vez algún día podamos comprender ese estado de conciencia que otorga veneración por cuanto existe. Veneración que es agradecimiento por tantos Maestros que constantemente nos alumbran. No sólo el ser humano puede ser sabio. Lo son, de hecho, todos los hijos del Señor, cuando se aprende a observarlos, para descubrir, a través de ellos, las grandes verdades.

Del libro Guía para la Vida Divina, Ed. Hastinapura
